

COMUNISMO Y FASCISMO

Traducido por Partido Comunista Internacional
"El Comunista" / "Per il Comunismo" / "The Internationalist Proletarian"
www.pcielcomunista.org

Introducción¹

El lector hallará condensadas en las páginas que vienen a continuación no solamente la interpretación que la Izquierda Comunista de Italia ha dado acerca del fascismo en su nacimiento, y las directivas de la lucha que dirigió contra él a la cabeza del Partido Comunista de Italia en los años 1921–23, sino también su crítica a las posiciones más o menos claras de la Internacional Comunista sobre este aspecto capital. Estos escritos no presentan, por lo tanto, un carácter puramente historiográfico y académico, sino un interés teórico y práctico. Como hemos previsto siempre, el capitalismo evoluciona siempre más abiertamente en un sentido «fascista». Esto lleva todavía hoy, a numerosos grupos y formaciones que se dicen de «izquierda», a oponer a este fascismo creciente una democracia «más completa», «más verdadera», «menos formal», a volver a buscar un remedio al «totalitarismo» – tanto del Oeste como del Este– fuera de la dictadura del proletariado, en una democracia ideal en la cual la pureza contrastaría con la impureza de su versión burguesa. Tal antítesis es hoy tan falsa como ayer. Tanto hoy como ayer, la alternativa es dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado, una dictadura en la cual el Partido, que la futura oleada de la Revolución social llevará a la cabeza de la clase obrera, será naturalmente el instrumento consciente y el centro, y de antemano se propone abiertamente ejercer como tal. Pero como nosotros no habíamos dejado de prever, el fascismo ha suscitado en el movimiento proletario nostalgias democráticas, anti–dictatoriales y antiautoritarias, en lugar de reforzarlo con las posiciones clásicas de Marx, Engels y Lenin, que no eran solamente antidemocráticas, sino que eran abiertamente autoritarias, como ellos mismos no dudaban en proclamar. Esto es lo peor que el fascismo ha podido hacer a la clase obrera, tal como nosotros habíamos también previsto; pero esta reacción tiene todavía tanta fuerza que las tesis que volvemos a publicar aquí siguen estando de candente actualidad.

Expresión de la ideología y de los intereses de la clase dominante, la interpretación banal y oficial presenta el fenómeno fascista como el levantamiento de las fuerzas reaccionarias (es decir, en el lenguaje marxista, pre–capitalistas) con el cual el programa y la acción habrían interrumpido el curso histórico de la sociedad burguesa; que se hallaba orientada hacia una extensión gradual de los «derechos del hombre y del ciudadano»; y que pretendía que poco a poco las instituciones democráticas absorbieran y neutralizaran los empujes subversivos de la clase proletaria haciéndola gozar de sus «ventajas». Estas fuerzas «obscurantistas» se han presentado *tanto* entre los «agrarios» o propietarios terratenientes absentistas –residuos del feudalismo en pleno capitalismo– que habrían soñado con una restauración de sus privilegios amenazados, con el método «fuerte» y por un absolutismo monárquico o republicano, *como* entre la pequeña burguesía rural y urbana, aspirante a jugar un papel autónomo y a escapar a la ruina, a la cual el gran capital y sus aventuras

imperialistas la condenan. Sea como sea, la acción de estas fuerzas es siempre oficialmente considerada como una excepción al proceso «normal» propio de las fuerzas más «evolucionadas» y de las más «lúcidas» del capitalismo. Sobre el plano ideológico (el único que la historiografía burguesa considera como digno de consideración), el fascismo sería una recaída de la civilización en la barbarie, de la competición pacífica en la violencia, de la «razón» en la irracionalidad y en la fuerza ciega.

A esta visión del proceso histórico que conduce de la democracia al fascismo, la Izquierda Comunista de Italia opuso y continúa oponiendo una visión no solamente distinta, sino radicalmente contraria y que es perfectamente coherente con los principios clásicos del marxismo. ¿Acaso el marxismo no ha rebatido la pretensión de la democracia de que constituye no un régimen de clase, sino la encarnación de los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, que no son otra cosa que la expresión idealizada de las relaciones sociales instauradas por la revolución burguesa? ¿Acaso el marxismo no ha establecido el papel permanente de la violencia en toda sociedad dividida en clases antagónicas, y el carácter necesariamente dictatorial de la dominación de la una sobre la otra, sea cual sea la forma que revista? Está claro que sí, pero la Izquierda Comunista italiana no se ha limitado a defender estas posiciones que para Marx, Engels, Lenin y Trotski eran definitivas; ha demostrado además que la democracia y el fascismo eran métodos de dominación propios de la gran burguesía –de cara a la conservación de las relaciones de subordinación del trabajo asalariado al Capital–, y de los cuales la clase dominante se sirve alternativamente o conjuntamente para mantener a la clase dominada bajo su sujeción; recurrir tanto al uno como al otro no depende, por otra parte, de preferencias subjetivas o de «elecciones» ideológicas, sino del grado de madurez de los contrastes sociales, de la evolución real del conflicto permanente entre las clases; con este agravante, en favor del método fascista: que la evolución de la economía capitalista hacia formas concentradas y centralizadas favorece en el campo de las superestructuras políticas el «totalitarismo» y el «estatismo», que emplean abiertamente la violencia al mismo tiempo que la sutil arma del reformismo social y de la farsa democrática. El fascismo no es, por tanto, un retorno hacia formas pre–burguesas, o hacia métodos de gobierno e ideologías inconciliables con los postulados democráticos: es una expresión acabada e irreversible de la fase imperialista del capitalismo, tentativa desesperada de este último para conjurar mediante una contrarrevolución preventiva la amenaza de un «**asalto proletario al cielo**», como dice Marx en «**La Guerra Civil en Francia**»; por otra parte, para superar los conflictos internos de la burguesía, con el fin de oponer al ataque de la clase oprimida un frente compacto y unitario, deja explotar por esto en su interés las inquietudes, las nostalgias espirituosas,

¹ Introducción al texto francés de 1970.

las veleidades patrióticas, la bellaquería o el furor reaccionario de la pequeña burguesía en descomposición, de todos los tipos de desarraigados de la «**intelligentsia**» frustrada y de los terratenientes absentistas en quiebra.

La confirmación de esta tesis y de lo que implica para la estrategia y la táctica de la clase obrera organizada ha sido suministrada naturalmente por el país donde el fascismo en sentido propio ha hecho históricamente su primera aparición: Italia. Aquí la falsedad de la antítesis democracia–fascismo ha aparecido de una forma un tanto más viva que con arreglo a una tradición tan antigua como el Reino de Italia; la represión abierta y brutal de los movimientos populares, provocadas por la desmovilización en los años cruciales de 1919–20, la crisis de reconversión de las industrias y la carestía de la vida, fueron obra de la democracia parlamentaria. Tanto es así que las muy legales fuerzas del orden –la policía, los carabinieri, la guardia real instituida por el muy democrático Nitti, el ejército– fueron lanzadas, en verdaderas acciones de guerra civil, a una caza despiadada contra los subversivos huelguistas, y contra todos aquellos que se manifestaban bajo el signo de la bandera roja. La entrada en la lucha de las milicias fascistas «**ilegales**», un año y medio después de que Mussolini las hubiese constituido, no se produjo cuando se liquidó el estallido proletario que acompañó a la ocupación de las fábricas durante los meses de agosto–septiembre de 1920. Esta liquidación fue obra del ultra–demócrata Giolitti, que utilizó otro «**servicio de orden**», a saber la dirección reformista de la Confederación General del Trabajo inspirada por el movimiento encerrándolo en la prisión de la empresa y guardándose muy bien de orientarlo contra el poder central. No sólo el Estado democrático resistió magníficamente el choque, sirviéndose alternativamente de la violencia física y de la ilusión reformista, sino que además, de acuerdo con la socialdemocracia, creó las condiciones para la intervención de un tercer factor contrarrevolucionario, los camisas negras, que tanto el gobierno como la «**oposición**» favorecieron. Esta intervención no estaba destinada a machacar sobre el terreno a un enemigo que ya había sido derrotado, sino a impedir que se recuperase de su derrota, y que amenazase de nuevo la Patria, la Nación, o sea, el Capital. Por esto, era preciso destruir los bastiones proletarios de las grandes ciudades industriales, las organizaciones obreras, centros de defensa y de ataque de la clase oprimida. Es hacia este fin que el gobierno del ex–socialista y ultra–reformista Bonomi, el gobierno democrático, equipó a los héroes de la porra y del aceite de ricino. Fueron, pues, las fuerzas legales las que patrocinaron a las milicias ilegales, apoyando, cada vez que era necesario su ofensiva, cubriendo muy frecuentemente sus retiradas tempranas para abrir de esta manera las puertas a laboriosas victorias.

El movimiento no nació en las áreas «**atrasadas**» del Sur, las únicas donde todavía existían residuos formales de feudalismo en el seno de una economía casi exclusivamente rural, sino en Milán, capital de la gran industria, de las altas finanzas y del reformismo turatiano, y por lo tanto, bajo el ala tutelar del capitalismo más evolucionado y de sus cómplices. Se ganó inmediatamente el apoyo de los terratenientes, pero justamente en las zonas de la agricultura capitalista moderna del Valle del Po. Es desde este cómodo trampolín y a finales de 1920, en una fase de reflujo del movimiento proletario, desde donde los fascistas invadieron el triángulo industrial y proletario Milán–Turín–Génova, centro económico más que político administrativo del país. Pero es solamente después de

dos años de una verdadera guerra civil, y con la complicidad del maximalismo pacifista y del reformismo traidor, que el fascismo consiguió abatir los bastiones proletarios del Norte. Después de esto, fue un juego para los fascistas tomar en coche–cama la capital burocrática, comedia suprema conocida con el nombre de «**marcha sobre Roma**», y entrar en el gobierno con el apoyo directo y el voto parlamentario de todas las formaciones democráticas y liberales, con Giolitti y Nitti a la cabeza. ¿Qué mayor prueba del hecho que el relevo político de la democracia, querido y preparado de acuerdo con los fascistas, para devolver su estabilidad a un régimen siempre amenazado en el marco internacional por peligrosos sobresaltos?

Una vez en el poder, el pupilo de la democracia legalitaria traicionó todas las promesas que había hecho y arrojó a la papelera todos los programas grandilocuentes que le habían servido para atraerse a los elementos inorganizados de la pequeña burguesía, tales como el de 1919, que era a la vez republicano, anticlerical y antiplutocrático. Como habíamos previsto desde un primer momento (cf. el artículo «**Roma y Moscú**»), se asignó una tarea todavía más ambiciosa y de la cual, desde el punto de vista burgués, su realización no podía retrasarse: responder a la ofensiva de la clase obrera no solamente con la violencia, sino con la organización centralizada de una economía nacional –que es por naturaleza anárquica y rebelde a una centralización exterior, es decir, no puramente económica– que exigía una disciplina en la clase dominante. Esto no podía hacerse sin romper las resistencias en el seno del viejo personal político y gubernamental, y sin suscitar al mismo tiempo una oposición democrática anti–fascista en las capas que habían apoyado calurosamente al fascismo en un principio, y en la pequeña burguesía urbana y rural, sangre y nervio de las bandas de camisas negras. En lo que respecta a la pequeña burguesía, tal evolución no tenía nada de nuevo, como se puede ver relejendo «**Revolución y Contrarrevolución en Alemania**» y «**Las Luchas de Clases en Francia**», de Marx y Engels. Para poner sólo un ejemplo baste citar: «**Napoleón le Petit**», que había sido llevado al poder por el campesinado, ¿acaso no se reveló enseguida como un instrumento de los grandes negocios en detrimento de ese mismo campesinado?

Una vez llegado al poder, la ambición del fascismo fue la de arrancar al proletariado la teoría y la práctica de la dictadura centralizada dirigida por un partido único, para los fines generales de clase de la burguesía considerada en su conjunto. Pero como habíamos previsto, esta ambición era irrealizable porque debía suscitar en el exterior, en las relaciones con los demás Estados, las contradicciones económicas y políticas que el fascismo había conseguido atenuar mediante la fuerza en el marco nacional, en fines imperialistas. Esta ambición, que debía necesariamente conducir a la guerra, estaba tan profundamente arraigada en la realidad imperialista que la democracia, militarmente victoriosa sobre el fascismo en el conflicto de 1939–1945, perpetuó la misma práctica: creación de industrias frecuentemente parasitarias, como la siderurgia en un país desprovisto de hierro como es Italia; proteccionismo riguroso; intervención estatal destinada a «**disciplinar**» y a «**salvar**» la economía en detrimento de las grandes masas; ideal corporativo, de armonía entre las clases en el «**interés superior de la nación**», constitución de monopolios y de oligopolios, sin contar el desarrollo de un aparato de represión que ha hecho de la porra fascista un arma completamente legal. Si la fachada

democrática parlamentaria y pluripartidista ha sido restablecida a pesar de los falsos aires que llevaba consigo sobre el plan económico, fue únicamente con el fin de disimular, a los ojos de los proletarios y de las capas sociales en vías de proletarización, la dominación cada vez más asfixiante de las «**Casas Blancas**» y de los «**Pentágonos**» de todos los países, es decir, la realidad fascista de la segunda posguerra. Pero si este fascismo que no osa decir su nombre no ha podido desenmascararse completamente en la vida política interior, debido a que el proletariado tarda en recuperarse del golpe mortal que le habían asestado la contrarrevolución estalinista y el opio antifascista, se ha mostrado sin pudor en el campo internacional, aterrorizando al planeta por entero, comenzando por los pequeños países que se han hecho «**independientes**» o impacientes por serlo, en un mundo que dice haberse liberado del oscurantismo y de la fuerza bruta.

* * * * *

A pesar de la vigorosa campaña de la Izquierda Comunista de Italia a partir de 1918, el Partido Comunista de Italia no nació hasta enero de 1921, o sea, demasiado tarde. La razón de esto es que el maximalismo puramente verbal del viejo movimiento socialista había salido de la guerra con las manos limpias, pues aunque no llegó a sabotearla, tampoco se adhirió a ella, y dio inmediatamente su adhesión a la III Internacional, acerca de la cual conocía mal o no conocía en absoluto su programa. A la cabeza del joven Partido Comunista de Italia, la Izquierda no se contentó con dar del fascismo la interpretación que hemos señalado antes; tomó frente a él una posición práctica del todo coherente y característica que, todavía hoy, hace aullar a los historiadores e ideólogos democráticos que le reprochan su «**dogmatismo**». ¿El capitalismo se despoja de su máscara democrática y usa la violencia abiertamente para defender el orden constituido? ¡Tontos de nosotros, decía la Izquierda, que nos hemos dejado sorprender! Pero esto tendría algo de bueno finalmente si, reconociendo en este hecho el signo de la fatal crisis del régimen, recogemos el desafío y aceptamos virilmente combatir al enemigo sobre su propio terreno que, en suma, es también el nuestro; oponiendo nuestras armas, nuestra organización y nuestra violencia a las suyas. A diferencia de los reformistas, la Izquierda rechazó pedir protección a un Estado sobre el cual no sólo la teoría marxista, sino los hechos más candentes desmentían su neutralidad en un conflicto entre las clases. La Izquierda no acudió a ningún derecho, a ninguna ley, pues sólo tiene derechos y puede dictar la ley aquel que posee la fuerza. A diferencia de los maximalistas, no pidió la vuelta al orden, a la civilización y al libre juego de las instituciones democráticas, pues el marxismo no ha reconocido nunca este orden como suyo, y este libre juego ha provocado el aplastamiento sangriento de la Comuna de París en 1871 y la de Berlín en 1919, y como pudo haber provocado el de la Comuna de Petrogrado en 1917. La Izquierda no buscaba ni aceptaba bloques políticos con otros partidos o formaciones, incluso si, como los famosos «**Arditi del Popolo**», se colocaban sobre el terreno de la lucha armada; la Izquierda sabía bien, en efecto, que ninguno de ellos habría apoyado esta lucha hasta el final que justificaba la existencia autónoma del Partido Comunista, o sea, hasta la destrucción del capitalismo. No lanzó puentes ficticios a los partidos «**obremos**» que habían demostrado en los hechos que estaban llamados a reprimir el esfuerzo de emancipación del

proletariado, en caso de necesidad sangrientamente, y que habrían encadenado a los comunistas en la misma ciénaga que ellos, para acto seguido golpearlos, en el caso de que los comunistas hubiesen cometido la locura de cortejarlos, como sucedió muy frecuentemente a aquellos que les tendían generosamente la mano. El comunismo, decía la Izquierda, no tiene que ocultar que actualmente está a la defensiva, tal como están las cosas, pero debe proclamar abiertamente que no dejará escapar la ocasión de pasar al ataque en cuanto pueda. La Izquierda aceptó el aislamiento al cual los hechos habían llevado a los comunistas, pero no lo aceptaba más que para hacer de él un elemento de fuerza, para que los proletarios de todos los credos políticos reconociesen claramente su voluntad de oponer la dictadura de su clase a la de la burguesía, y acabasen por considerarla como su guía. La Izquierda era partidaria del frente único de las organizaciones sindicales y de la fusión de todas las luchas reivindicativas en una acción única, pero estaba en contra de todo frente único político, como le propuso la Internacional, porque la unidad sindical y la unificación de todas las reivindicaciones económicas ofrecían la mejor plataforma de acción política para arrancar a los obreros de las garras de los partidos subjetiva y objetivamente traidores a la causa proletaria. La Izquierda mostró que la rectitud de la acción comunista podía arrancar a la influencia de la gran burguesía a grupos o elementos de las «**clases medias**», o por lo menos neutralizarlos, y que el mejor medio de llegar a esto no era adoptar algún punto de su programa, sino presentarles el único argumento susceptible de empujarlos en la dirección del proletariado más que en la del capital: la necesidad de usar la fuerza abiertamente (Marx diría el «**Knout**») contra el capital. La Izquierda no ignoraba por lo tanto a las clases medias, pero se mantenía fiel al comunismo, sin lamentarse si esas clases no lo seguían, y sin hacerles ninguna concesión si lo seguían. Para la Izquierda, estaba claro que los comunistas podían ser vencidos, pero no por ello debían renunciar en ningún caso a ser el Partido de la oposición permanente al régimen capitalista, tanto bajo el disfraz democrático como bajo el fascista. Una derrota sufrida sobre el terreno del comunismo podía en efecto transformarse en victoria, y era de todas formas una condición para la reanudación futura; pero una «**victoria**» obtenida desplazando los fines de la lucha no podía ser nada más que una derrota doble, lo peor no era la victoria del enemigo, sino el autorenegamiento.

Estas audaces posiciones de la Izquierda habrían podido tener efectos decisivos en los años 1919–22 si el Partido Comunista de Italia los hubiese desarrollado a fondo, sin vacilaciones y sin la vana ilusión de poder recuperar en el exterior a los aliados, primos o hermanos presumidos. Por desgracia, la Internacional, que estaba a punto de perder su orientación revolucionaria de los años heroicos, ejercía su presión en un sentido opuesto, favoreciendo las soluciones intermedias queridas por los maximalistas y por los reformistas que se habían convertido milagrosamente o habían efectuado una hábil vuelta, e incluso a los demócratas y a los... católicos de izquierda. A pesar de las severas advertencias de la Izquierda, de su obstinada insistencia y de la lucha heroica que llevó a cabo en la calle contra los camisas negras con fuerzas débiles, se dejó escapar la ocasión. El resultado lo tenemos ante los ojos: ¡la desaparición de la Internacional, la transformación de los partidos comunistas en partidos del orden y de la legalidad!

El carácter artificial y antihistórico de la antítesis entre democracia y fascismo salta a la vista más claramente cuando se considera el desarrollo de la versión alemana del fascismo, el nazismo.

En Alemania, es en efecto el Estado democrático y, en los momentos más decisivos, los gobiernos puramente o parcialmente socialdemócratas, los que han asegurado, con sus únicas fuerzas, la defensa del orden constituido contra los repetidos asaltos desesperados de la clase obrera, no solamente en los difíciles y turbulentos años 1918–19, sino durante la reconstrucción del aparato del Estado en el marco de la República de Weimar en los años 1920–22, en la época de la devaluación y de la estabilización del marco, es decir, en 1923–24, hacia la reinsertión del Reich en la política europea bajo la dirección de Stresemann y hasta la gran crisis económica y financiera de 1930–32. Durante este período las fuerzas caóticas y confusas de lo que más tarde será el «**partido**» de Hitler hasta solamente después de 1925 se agitaban a la sombra de los defensores oficiales del orden y se organizaban poco a poco, pero lo hicieron más lentamente que en Italia, pues estos últimos dieron pruebas fehacientes de su eficacia para los fines de la conservación burguesa. Fueron los «**socialistas**» Noske y Scheidemann los que, en Alemania fueron llamados para reprimir sangrientamente los movimientos espartaquistas de enero y marzo de 1919. Para esta faena, no dudaron en servirse de los cuerpos francos, bandas provenientes del ejército del Káiser y formadas por voluntarios de diversos orígenes. A finales de abril de 1919, fueron las mismas tropas oficiales del gobierno bávaro las que, bajo la dirección del socialdemócrata Hofmann, machacaron la efímera República Soviética de Múnich, masacrando o condenando severamente a los jefes e instaurando la ley marcial contra la población.

Después de pasar del régimen imperial a la República, el grandilocuente e hipócrita maximalismo de los Independientes (USPD) apoyó a la socialdemocracia en su obra patriótica de salvación de la Alemania burguesa, en primer lugar dentro del gobierno de coalición de noviembre a diciembre de 1918, y después en la oposición. En 1920, fueron los obreros en huelga los que sofocaron nada más nacer la tentativa de restauración de Kapp–Luttwitz, y no la democracia, la cual no encontró nada mejor que refugiarse precipitadamente en Weimar, y después del putsch, trató a los culpables con generosidad. Después de la acción de marzo de 1921, es contra la política democrática y sus dirigentes socialdemócratas contra quienes se baten los obreros, pero en vano, lo que les valdrá persecuciones. Durante el invierno de 1922, los ferroviarios entran en lucha todavía contra el Estado democrático, y es éste el que reestablecerá el orden aplicando sanciones feroces. A finales de 1923, son los regimientos de la Reichswehr, enviados urgentemente por el gobierno de «**amplia coalición**» presidido por Stresemann y teniendo por ministro de finanzas al ex–independiente Hilferding, los que ordenan a los «**gobiernos obreros**» de Sajonia y de Turingia desarmar a los proletarios y desaparecer inmediatamente después. Es la policía democrática la que reprime también la revuelta de Hamburgo, última llamarada revolucionaria de este fatal año 1923.

Es igualmente en 1923, cuatro años después del fin de la guerra y la caída del Imperio, cuando aparecieron las primeras bandas nazis, en el momento justo en que el

imperialismo francés procedía a la ocupación del Ruhr. Estas bandas no son todavía nada más que un magma confuso de desarraigados, exaltados y desclasados, pequeños burgueses impotentes, pero llenos de retórica, partidarios a ultranza del Emperador y chovinistas de todo tipo, «**vagabundos de la nada**». Por lo tanto, es característico el que la gran burguesía y la alta finanza (que por aquel entonces se llamaban «**varones del Ruhr**») se sirvan de estas bandas no tanto contra los obreros, sino contra los franceses, como fuerza de apoyo a la melodramática «**resistencia pasiva**» contra el ocupante. No tenían más que una confianza limitada en ellas y no les suministraban todavía ayuda financiera. Los Stinnes, Krupp... se encontraban todavía detrás del gobierno democrático oficial, impacientes por obtener (como se produjo ya con Stresemann) la estabilidad del marco y la regulación de las reparaciones con Francia, Inglaterra y USA. Para que la gran industria y la alta finanza desatasen los cordones de la bolsa y, sin todavía embarcarse a fondo, considerasen como favorable la ascensión de los camisas pardas, era necesario que después del putsch nazi en otoño de 1923 en Munich y del proceso a Hitler [El episodio no debe inducir a error. Antes que nada el putsch estaba condenado al fracaso antes de haber empezado a causa de disensiones internas en sus autores. En segundo lugar, la gran burguesía no tenía ningún interés en patrocinar un movimiento de inspiración separatista y monárquica, pues la república centralizada le venía de maravilla. Una vez liquidado el putsch, la justicia burguesa se mostró tan clemente con los que lo habían organizado como implacable era con los proletarios. No solamente la breve estancia de Hitler en la cárcel no ocasionó ningún daño al «**mártir**», sino que favoreció su carrera y lo incitó a meditar sus planes para el futuro con más ponderación: en fin, hizo de él un... hombre nuevo.], el nacionalsocialismo se liberase de sus últimas simpatías hacia el régimen imperial y los junkers, y que se colocase con disciplina sobre el terreno de las competiciones electorales y parlamentarias, comenzando de esta forma a hacer figura de reserva política sería en la perspectiva inminente de la Gran Crisis.

El Estado democrático bastaba para defender el orden burgués, en particular gracias a su policía y a la Reichswehr, reconstituida sobre bases restringidas, pero perfeccionadas técnicamente. Es por esto que antes de su subida al poder, el nacional–socialismo no tuvo necesidad de dispersar sus energías en expediciones punitivas contra los centros industriales y las organizaciones proletarias a la manera de los fascistas italianos: se abrió camino pacíficamente por los medios democráticos y parlamentarios, y además más fácilmente, puesto que la situación era desventajosa para el proletariado y la revolución a pesar de los éxitos electorales obtenidos por el Partido Comunista de Alemania, acerca de lo cual la Internacional se felicitaba de tal forma que se preocupaba menos de preparar al proletariado para dar una solución revolucionaria a la crisis. Es así que el nazismo llegó a la dirección del Estado con todas las bendiciones legales y el apoyo explícito de hombres y partidos de la gran industria y de las altas finanzas. A diferencia de su homólogo italiano, no tuvo necesidad de recurrir a una melodramática «**marcha sobre Berlín**» para asombrar al pequeño burgués y darle la impresión de jugar un papel autónomo. Por haber aparecido tardíamente para su fin, es solamente por lo que el nazismo reveló su verdadera naturaleza de contrarrevolución preventiva. No habiendo tenido ninguna necesidad de reprimir la revolución,

puesto que la socialdemocracia ya se había encargado de ello, puso en este momento manos a la obra para que el desarrollo de la crisis económica —y en particular del paro— no provocase una radicalización de las masas, a despecho de la pasividad del P.C.A. (o K.P.D.), en el cual el radicalismo era puramente verbal: el nazismo desencadenó la violencia contra los partidos «**obrer**os», incluido el socialdemócrata, porque no le había sido posible dismantelar los poderosos sindicatos alemanes, como tenía intención de hacer, sin eliminar de ellos la dirección política. Por consiguiente, atacó a las capas pequeño-burguesas unidas al antiplutocratismo verbal del partido hitleriano, como fue el caso con el asunto Röhm. También debió vencer la resistencia que ciertos sectores de la misma burguesía oponían a la concentración y a la movilización de todos los recursos con miras a reanimar la economía nacional reforzando la industria pesada, lo que realizó mediante su política de rearme intensivo, de destrucción progresiva de los efectos del «**vergonzoso tratado de Versalles**» y, en fin, por la guerra misma. Claro está que todo esto fue acompañado de una represión feroz contra los responsables del «**desastre nacional**», es decir, contra los bolcheviques primero, y contra los judíos después. El partido único nació así de las cenizas del antiguo personal gubernamental y de los ríos de sangre derramada por el proletariado durante quince años de luchas tan generosas como mal dirigidas, y él se presentará como la encarnación de la Nación o, según la espirituosa fraseología del nazismo, de la Raza Germánica. El resto es ya conocido, y en particular el que la Internacional tomase como pretexto la derrota en Alemania para poner fin a su período ultraizquierdista, estúpido bandazo que no descansaba sobre ninguna crítica seria de los errores pasados, y que disimulaba mal la impotencia del Partido Comunista alemán, numéricamente importante y muy confiado en sus éxitos electorales, pero incapaz de moverse en otro campo que no fuese el legal parlamentario y democrático. Es así, que lanzada sobre la vía de los frentes populares, después de los frentes de guerra, y por fin, la de los frentes nacionales, la Internacional acabó por perder hasta la apariencia de un centro mundial de la revolución.

* * * * *

Para comprender esta derrota, que fue una capitulación ante la batalla, es necesario remontarse mucho más allá de 1932–33, y comparar las respectivas actitudes de los Partidos Comunistas de Italia y Alemania.

El P.C. de Italia había sido batido —por otra parte, no de manera definitiva— en 1923, pero lo había sido sobre su propio terreno, y por el hecho de la conjunción de las fuerzas de la democracia, de la socialdemocracia y del fascismo, fuerzas sobre las cuales el Partido había sabido mostrar su origen común. A este triple ataque había respondido con una actitud que le aseguraba el máximo de autonomía táctica y organizativa, pero que no excluía un trabajo práctico de propaganda, de agitación y de rearme moral y material en dirección a las grandes masas, gracias a los esfuerzos que siempre había suministrado metódicamente para unificar las luchas económicas y las organizaciones de defensa del proletariado, y que era una condición indispensable. Como hemos visto más arriba, aceptó el reto que le lanzó la burguesía empleando contra él la violencia legal e ilegal, y que se aplicó no en palabras sino en hechos, y para acelerar el proceso de

desafección de las masas respecto al pacifismo legalitario, de la democracia y de la socialdemocracia, que la dura experiencia de la guerra civil en Italia no había dejado de provocar. Por un raro concurso de circunstancias la Historia le había ofrecido la ocasión de manifestarse como el Partido de la alternativa revolucionaria y dictatorial a la contrarrevolución y a la dictadura abierta de la clase enemiga, y no dejó escapar esta ocasión. Es por esto que el Partido fijó un modelo de lucha proletaria contra el fascismo que no ha cesado de ser válido, pues esta lucha no puede darse por separado de la lucha contra el Estado democrático y sus lacayos, y no puede tener por protagonista nada más que a un Partido revolucionario implantado en todas las organizaciones económicas de la clase obrera, y dirigida contra todo el frente burgués y oportunista de defensa del orden.

El Partido Comunista de Alemania, por el contrario, fue batido desde enero–marzo de 1919, incluso antes de haberse podido afirmar como partido independiente de la socialdemocracia. Aquellos de sus miembros que sobrevivieron al terrible holocausto que segó la élite del partido, cayeron desde finales de 1919 a principios de 1920 en una especie de «**complejo de inferioridad**», si no ante la potente organización socialdemócrata, sí ante los Independientes. Este «**complejo de inferioridad**» era visible netamente en el informe a la Internacional ante el II Congreso de Moscú, donde Levi deploró la ruptura con los Independientes y lamentó que los comunistas no estuviesen en sus filas en tanto que oposición revolucionaria, en lugar de constituir un partido distinto condenado, al menos temporalmente, a quedarse aislado y a no ejercer más que una influencia restringida sobre las capas mal definidas de la clase obrera.

En realidad, desde esta época, pero más aún en los dos años que siguieron, el único partido de la Internacional sobre el cual Moscú hubiese podido y debido extraer la fuerza para perseverar sobre la vía de una delimitación intransigente respecto a la socialdemocracia, dos veces traidora a la causa proletaria, y al centrismo, tanto más pernicioso como equívoco, este partido era precisamente el Partido Comunista alemán, tanto en razón de la importancia estratégica de Alemania en el marco de una perspectiva de revolución mundial o al menos europea, como del alto grado de combatividad y de organización de su clase obrera. Sin embargo fue al contrario, y el Partido alemán incitó a Moscú, para ceder a la tentación de la maniobras tácticas encaminadas a conquistar más rápidamente una mayor influencia entre las masas. En tanto que el rearme teórico y práctico del proletariado se imponía y la democracia parlamentaria había demostrado no ser más que el prelude del fascismo y el trampolín indispensable de la ofensiva abierta del capital, el Partido alemán empujó a Moscú bajo el pretexto de la propaganda, a arrojar al enemigo los puentes que había destruido irrevocablemente la Historia. De todos los partidos de la Internacional, él era el menos inclinado a una delimitación política. Ya en 1920, poco después del putsch de Kapp, había ofrecido de antemano su neutralidad complaciente a un eventual gobierno de coalición entre socialdemócratas e Independientes. En enero de 1921, se fusionó con los Independientes de izquierda sin que se manifestase la menor oposición, y si esta fusión tuvo una duración breve, no por ello dejó de tener consecuencias desastrosas. Es después de esto cuando dio paso a la práctica de las «**cartas abiertas**» a las organizaciones y partidos «**obrer**os» acerca de un punto de acuerdo sobre un programa

mínimo de defensa contra la reacción, la Izquierda Italiana deploró en todo momento esta funesta práctica, incluso cuando se acordaba esta... circunstancia atenuante de proceder con buenas intenciones o de estar concebida hábilmente para obligar al adversario a «**desenmascararse**» porque su naturaleza atenuaba ante los ojos de los proletarios la oposición existente entre reformismo y comunismo.

Fue en el seno del Partido alemán también donde, desde la primavera de 1921, se elevaron las primeras voces deplorando la escisión de Livorno en Italia. Al principio de 1922, el Partido Comunista Alemán fue el primero en la Internacional, no solamente en preconizar el frente único político, sino en aplicarlo sobre el terreno parlamentario, apoyando desde el exterior a los gobiernos socialdemócratas de Sajonia y Turingia, y en lanzar la consigna bastarda del «**gobierno obrero**», que se realizó de forma desastrosa en el otoño de 1923. Además, el Partido alemán tenía una fatal propensión para pasar, bruscamente y de la manera más desorientadora, de la pasividad y del pesimismo que manifestaba siempre frente a las explosiones espontáneas de la clase obrera (como por ejemplo, después del Putsch de Kapp o de la acción de marzo de 1921), a un optimismo desenfundado una vez que se apagaban estas explosiones (como fue el caso cuando fabricó la famosa «**teoría de la ofensiva**»). Tanto cedía ante la «**prudencia**», muy próxima a la pusilanimidad, de la dirección de derecha, como ante las intemperancias de su confusa oposición de «**izquierda**». Estas actitudes contradictorias encontraron desgraciadamente eco en Moscú en la dirección del Comintern, donde precisamente empezaban a perfilarse dos corrientes análogas, que lo llevaban alternativamente según la situación evolucionase favorable o desfavorablemente. La Izquierda Italiana denunció este eclecticismo, que no podía más que aportar el agua al molino del extremismo verdaderamente infantil de la corriente sindicalista, obrerista y espontaneísta, reagrupada en el Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD). No es preciso asombrarse si en el IV Congreso Mundial, la interpretación más derechista de la equívoca forma del «**gobierno obrero**» encontró apoyo entre las esferas dirigentes del Partido alemán, sin que la «**izquierda**» supiese oponerle otra cosa que una interpretación más activista, pero nada distinta en el fondo; y en particular, el informe de Radek sobre la ofensiva del Capital que, según él, excluía todas las perspectivas revolucionarias a corto plazo, fue unánimemente aplaudido. Menos de un año más tarde, la afirmación según la cual «**la revolución no estaba a la orden del día**» dará paso a otra muy distinta «**la revolución llama a la puerta, es solamente cuestión de semanas**», precisamente a propósito de Alemania; pero en el IV Congreso, la Internacional proponía aún oponer a la ofensiva fascista que se perfilaba en toda Europa y sobre todo en Alemania, un frente único de los partidos «**obrer**», e incluso «**gobiernos obreros**» compuestos de socialdemócratas y de centristas (en Alemania, los Independientes), apoyados desde el exterior por los comunistas, o gobiernos de coalición entre socialdemócratas, centristas y comunistas. No se trataba más que, como en el caso del frente único, de desenmascarar ante los ojos de las masas a las direcciones de las Internacionales II y II y media, proponiéndoles una acción común contra la ofensiva capitalista, que ellos no podían más que rechazar. El gobierno común estaba, por el contrario, considerado como una posibilidad real y deseable. Esto implicaba que la socialdemocracia puede actuar de forma distinta a como lo hizo en 1914–1918, que se

podía obligarla a actuar no más como la izquierda del frente contrarrevolucionario (Radek), sino como: ¡Una fracción auténtica (aunque fuese de derecha) del movimiento obrero!

Fue con estos precedentes desastrosos con los que el Partido Comunista Alemán afrontó el fatal año 1923. Al poco de la marcha sobre Roma, el año comenzó con la ocupación francesa del Ruhr (enero de 1923), lo que suscitó la formación de organizaciones políticas y militares nacionalistas y revanchistas, que podían ser fácilmente dirigidas por la gran burguesía. Pero del hecho del deterioro rápido de la situación económica y de la devaluación galopante del marco, 1923 debía ser también un año de reanudamiento vigoroso de las agitaciones obreras. Se anunciaba como un año lleno de «**amenazas fascistas**» y de «**peligros de guerra**», pero también como pródigo en eventuales y nuevas llamaradas de la lucha proletaria. Esto apareció tan netamente en el curso de los meses siguientes que, durante la segunda mitad del año, la Internacional afirmó que la situación era «**pre-revolucionaria**» e incluso «**revolucionaria**».

Nosotros no queremos discutir aquí acerca de la validez de esta apreciación (sin duda la situación no era objetivamente revolucionaria en esta época, pero sin duda lo era subjetivamente), pues no era tan grande el error de apreciación, que era grave a los ojos de la Izquierda Italiana, como la facilidad con la cual la Internacional cambiaba bruscamente de perspectiva y pasaba de una táctica de derecha a una táctica de izquierda, y dispensa de extraer un pretexto de estos fracasos, para volver a caer en el pesimismo y para volver a las consignas de derecha o, peor aún, a las consignas intermedias.

Frente a esta situación, el Partido alemán tomó, como era fácil de prever, una actitud inversa a la del Partido italiano: sobre el fenómeno fascista considerado tanto a escala de Alemania como internacional, no vio nada más que el aspecto sociológico, considerándolo exclusivamente como un movimiento que expresaba las inquietudes y la confusión de la pequeña burguesía. Es precisamente en esta clase donde él ponía sus esperanzas de cara a un desenlace favorable de la situación, tratándola como a una fuerza autónoma y potencialmente subversiva que el Partido de la revolución comunista podía recuperar, con la condición de dejar de ser el representante y el portavoz exclusivo de la clase obrera, para convertirse en el de todos los «**oprimidos**», haciendo suyas sus aspiraciones y erigiéndose por lo tanto en partido nacional. Habiendo olvidado así la función específica del Partido Comunista para hacer de él el «**gerente de transformaciones en el seno de la sociedad burguesa**», el Partido Comunista Alemán se lanzó a una acción paralela para «**recuperar**» a la socialdemocracia, no solamente de izquierda sino también de derecha. Renunció así a todo papel autónomo y dirigente en el seno de una situación compleja, y se puso por el contrario a remolque de fuerzas evidentemente contrarrevolucionarias. Impidió de antemano cualquier iniciativa susceptible de orientar al proletariado alemán (y de rebote al francés) hacia su fin histórico natural: la destrucción del Estado, burgués bajo todas sus formas. El único resultado que obtuvo fue, por el contrario, presentar a los proletarios una fisionomía muy difícil de distinguir de la socialdemócrata, por su moderación y su legalismo, y de los nacionalistas e incluso de los nazis, por su ardor patriótico; haciendo esto, no podía provocar en los proletarios más que reacciones de confusión, de desorden, de desconfianza e incluso de desmoralización.

El 11 de enero de 1923, las primeras tropas francesas penetraron en el Ruhr, para asegurarse una garantía material para el pago de las reparaciones, ocupando una zona industrial vital. El 13, el gobierno Cuno decretó la **«resistencia pasiva al invasor»**, preocupado de no perder la cara ante la nación y de no cerrar todas las puertas a un compromiso con París y Londres. Era una ocasión única de movilizar a los dos Partidos Comunistas de las dos orillas del Rin, para defender el internacionalismo proletario contra la nueva llamada del imperialismo, para empujar a la fraternización de los proletarios alemanes en mono de trabajo y a los proletarios franceses en uniforme de soldados, para llevar a cabo una propaganda derrotista en el ejército, y al mismo tiempo para favorecer una enérgica recuperación de la lucha de clase, estando dada la previsible agravación de la situación económica en Alemania y las violentas agitaciones obreras que no podía dejar de suscitar [Basta con citar aquí los episodios de Mülheim y de Gelsenkirchen en abril y mayo.], y que debían tener sus repercusiones en Francia cuando fuese necesario pagar la factura de la aventura militar. Por lo tanto, la proclamación lanzada en conjunto por la Internacional y la Profintern estaba completamente carente de vigor, llena de generalidades vagas, sin directrices claras si exceptuamos un llamamiento retórico a **«todos los obreros, campesinos y soldados de Francia para que no se dejasen embaucar con los miserables instrumentos de Poincaré y no aceptasen el saqueo del pueblo alemán»**, sino que por el contrario obstruyesen el camino al Capital **«mediante huelgas y manifestaciones»**, y un llamamiento del mismo género a **«los obreros de Alemania»** para que **«tiendan la mano a sus hermanos franceses que están dispuestos a combatir a vuestro lado contra la piratería de la burguesía francesa»**. Por lo demás, este llamamiento afirmaba que el objetivo que esperar en Alemania era **«la unión de los obreros en un potente frente único proletario para la lucha con miras a la instauración de un gobierno obrero»** acerca del cual no se había especificado su naturaleza, y que por lo tanto podía entenderse como se quisiera, verdadero estallido del trueno en un cielo sereno. Esta consigna constituyó, es verdad, un acto de obediencia a las deliberaciones del reciente IV Congreso Mundial, pero era completamente nueva e incomprensible no solamente para las masas en general, sino incluso para los militantes de base de los Partidos Comunistas. Además el llamamiento deseaba **«la organización, gracias a este gobierno, de una lucha de defensa (Abwehrkampf) contra los bandidos extranjeros (die ausländischen Räuber)»**, uniendo así por primera vez los pasos de vals del Partido Comunista con los de los patriotas alemanes, de igual forma que la consigna del gobierno obrero, unía los pasos de vals de la socialdemocracia **«de izquierda»** y eventualmente de derecha [La conferencia de los delegados de todos los Partidos Comunistas de Europa en Essen, a principios de enero de 1923, había votado una resolución denunciando el Tratado de Versalles y la política imperialista de los aliados ante Alemania (**«Rote Fahne»** –**«Bandera Roja»**–, órgano del PCA, 9 de enero de 1923). Hasta después de esta decisión no apareció ningún esfuerzo serio para coordinar y en lo posible unificar la acción del Partido Comunista Alemán y del Partido Comunista Francés. Este último estaba constituido por un magma de corrientes diversas y dominado por preocupaciones electorales; no estaba preparado en absoluto para desarrollar

una actividad de propaganda ilegal en el ejército y encontró en la demagogia pro-nacionalista e incluso patriótica del PCA un buen argumento para no hacer nada y quedarse pasivo ante las maniobras de Poincaré].

De una forma a lo primero vaga, y después cada vez más clara, el PCA se irá alineando sobre este doble frente. El historiador inglés Carr hace especial hincapié en el **«Internacionalismo»** cuya consigna **«contra Poincaré sobre el Sena y contra Cuno sobre el Spree»** sirve para atestiguarlo, la cual fue lanzada en enero por la dirección del PCA. Pero eso es mucho decir, pues la ocupación del Ruhr no era necesaria para convencer a un Partido Comunista y, mediante él, a las masas obreras, de la necesidad de... combatir al órgano ejecutivo y al comité de administración de su propia burguesía. No era más justo explicar, como lo hizo el alemán Paul Fröhlich en el número del 14 de febrero en **«Imprekor»**, los motivos de esta lucha paralela de las dos orillas del Rin diciendo: **«contra Poincaré y las fuerzas que lo apoyan, porque el imperialismo francés es el más sólido baluarte de la paz de Versalles... y la Francia burguesa, la potencia militar más fuerte de Europa»**, **«contra Cuno, porque él es el representante de la dominación de la industria pesada sobre el proletariado alemán»** y hace **«una política de lo peor»** y sin oponerse a la ocupación del Ruhr. En efecto, todo gobierno burgués debía ser combatido, incluso si en Francia hubiese sido menos **«versallés»** y militarista que el de Poincaré, y si en Alemania no hubiese capitulado ante el **«extranjero»**.

La consigna en cuestión había sido lanzada por el Congreso de Leipzig en un llamamiento dirigido al **«Partido Comunista y a los sindicatos revolucionarios de Francia»**. El Congreso no encontró nada mejor que recordar a los camaradas de la otra parte del Rin que eran **«los hijos y los herederos de los gloriosos e inmortales combatientes de la Comuna que... habían derribado la columna Vendôme, símbolo de la violación de sus derechos nacionales por la clase capitalista y sus jefes militares»**. ¡De esta forma se solidarizaba no con los aspectos clasistas, sino nacionales de la Comuna Proletaria parisina, y se los proponía como modelo! Fue el mismo Congreso el que dirigió por vez primera a los socialdemócratas en el poder en Sajonia y Turingia una invitación para formar con los comunistas un **«gobierno obrero»**. Esta invitación será renovada a finales de marzo al nuevo gobierno socialdemócrata de izquierda, sobre la base de una plataforma que se convertirá muy pronto en el **«programa mínimo»** del PCA en sus maniobras de aproximación a la socialdemocracia de esos dos Länder, y acabará en el otoño con la formación de un gobierno obrero **«paritario»**. En cuanto a la plataforma en cuestión, era la siguiente: pago por parte de la burguesía de los gastos de defensa del Ruhr –registro y reserva de las riquezas reales de la provincia– control de la producción –comisiones de vigilancia de precios y de represión de la usura– milicias obreras contra el fascismo. Todas estas medidas estaban formuladas en un lenguaje bastante sibilino, pero cuando se traducían al lenguaje práctico, era evidente que sólo la dictadura del proletariado habría podido realizarlas (aunque hubiesen sido muy insuficientes), y en ningún caso un gobierno parlamentario de coalición con los socialdemócratas, ni siquiera de **«izquierda»**.

Estudiaremos separadamente los tres aspectos de esta política bastarda: la puja nacionalista; las adulaciones a la pequeña burguesía, cuya contrapartida consistía en renunciar a

dirigir enérgicamente las acciones de clase del proletariado alemán incluso sobre el terreno simplemente reivindicativo, y los preliminares con la socialdemocracia como posible aliado contra el nazismo incipiente y el imperialismo dominante. Estos tres aspectos contribuían a dar a la lucha contra el fascismo un carácter democrático, frentista e interclasista que era completamente opuesto a la concepción marxista.

El primer aspecto se precisa rápidamente en una serie de artículos aparecidos en la revista oficial del PCA, *Die Internationale* (y sobre todo en los números 6, 7 y 8), donde el secretario y el teórico del Partido, Brandler y Thalheimer, afirmaban que **«en la medida en que lleva a cabo una lucha defensiva contra el imperialismo, la burguesía alemana juega, en la situación que se ha creado, una función objetivamente revolucionaria** [Digamos de pasada que después de enero, la apreciación que el PCA da de la posición de la burguesía alemana en la cuestión del Ruhr cambia: al principio, le acusa de participar en un complot imperialista contra Alemania; después, la presenta como la «víctima» de una agresión a la cual ella hubiese querido oponerse por la fuerza, si no hubiese sido por su temor a movilizar a todo el pueblo alemán (como lo habría exigido su «**función objetivamente revolucionaria**»), y en primer lugar, las clases trabajadoras, traicionando a la causa nacional tanto en un caso como en otro.], **pero en tanto que clase reaccionaria, no puede emplear los únicos métodos que permiten resolver el problema** [En otra parte se lee: «**La Alemania de hoy, en la cual el viejo aparato militar está destruido desde sus fundamentos tanto sociales como psicológicos, no puede relevarse más que gracias al empleo enérgico y llevado hasta sus extremas consecuencias, de la revolución proletaria**»]. **La contradicción entre la tarea ante la cual se halla la burguesía y su impotencia para cumplirla constituye su condena a muerte en tanto que guía de las otras clases de la nación (proletariado y pequeña burguesía), e inversamente, ofrece a la clase obrera un trampolín para colocarse a la cabeza de la nación... la tarea histórica particular del PCA es la de liberar a Alemania de la opresión imperialista: y, o asume esta tarea, o irá a la ruina con todas las demás clases y todos los demás partidos**» [El artículo en cuestión llevaba el título característico de «**1914 y 1923**», condenando el defensismo socialdemócrata después de estallar la guerra, pero exaltando el defensismo «**comunista**» nueve años más tarde]. **«En estas circunstancias, la condición de la victoria proletaria es la lucha contra la burguesía francesa y la capacidad de suplantar a la burguesía alemana en esta lucha, asumiendo la organización y la dirección de la lucha defensiva sabotada por la burguesía**». Es por esta razón que **«el partido debe combinar de manera convincente la función de liberación nacional del comunismo y su función de liberación social: es solamente de esta forma como se puede desvelar la verdadera cara de la burguesía, traidora a la nación, parar la marejada fascista y despertar en las masas la voluntad de conquistar el poder**». Conforme a esta orientación, la dirección del Partido y el Comité Central de los Consejos de fábrica lanzaron el 29 de mayo de 1923 una proclama llamando a los obreros a la lucha bajo la siguiente consigna: **«¡Abajo el gobierno de la vergüenza**

nacional!». En el trascurso de los dos meses siguientes, los oradores comunistas y nazis se sucedieron en las tribunas de las manifestaciones contra la paz de Versalles y la ocupación del Ruhr. En la «**Rote Fahne**», los nacionalistas alemanes, el conde de Reventlov y Moeyer van der Bruck, polemizaron con Radek y Fröhlich acerca de las perspectivas de revolución nacional alemana y sobre las fuerzas que debían sostenerla [Esta polémica será publicada con una evidente complacencia en un folleto del Partido titulado «**Schlageter, eine Auseinandersetzung**» (un debate sobre Schlageter, víctima de los invasores franceses, elevado al rango de héroe por los nacionalistas). Hemos extraído de él tres frases lapidadoras de los comunistas: **«la cuestión de la nación se ha convertido en una cuestión de la revolución: el derribo de la dominación del capital se ha convertido en condición para la salud de Alemania**». **«La revolución alemana es la condición para la liberación del pueblo alemán**». **«La historia demuestra la imposibilidad en que se encuentra el capitalismo para librar a la nación de la servidumbre**»]. Se organizaron coloquios entre organizaciones de las juventudes comunistas y organizaciones nazis, acerca de la posibilidad de una «**guerra de liberación nacional**» y los medios de conducirla. En el ejecutivo de la Internacional en junio de 1923, Zinóviev se felicitó al saludar el órgano nacionalista alemán «**Das Gewissen**» al PCA **«como partido nacional-bolchevique, partido de lucha que se dirige a toda la nación**». En su célebre «**Discurso Schlageter**», Radek inclinó la bandera roja sobre la tumba **«del mártir nacionalista fusilado por los franceses**» y llamó **«a las masas pequeño-burguesas animadas de sentimientos nacionales**» a cerrar filas alrededor de la clase obrera y de su Partido, que no es **«el partido de la lucha por un trozo de pan y sólo de los obreros industriales, sino el partido de los proletarios militantes que luchan por tu liberación, la cual se identifica con la libertad de todo el pueblo alemán, con la libertad de todos aquellos que trabajan y sufren en Alemania**». ¡Era la primera vez que en una reunión —y una reunión internacional para más colmo— un orador presentaba la línea rigurosa del Partido marxista defendida durante tanto tiempo por los bolcheviques, como **«la defensa del trozo de pan sólo de los trabajadores industriales**», y que introducía el **«principio**», nuevo e inaudito para los comunistas [Esta posición armó escándalo hasta en el Partido checoslovaco, lo cual no es poco, conociéndose la fuerza del nacionalismo en el movimiento obrero de ese país.], según el cual era nuestro deber exaltar y sostener —incluso de manera puramente negativa— a cualquiera que se sacrificase por una idea, fuese la que fuese, en el conflicto dramático de las clases y de los partidos que encarnaban en ella sus intereses históricos!

Tal aproximación al problema de la táctica comunista en la situación de 1923 no hubiera podido justificarse más que a condición —¡condición monstruosa!— de considerar a Alemania de la misma forma que a un país capitalista atrasado, esperando una «**revolución doble**», es decir, burguesa y por lo tanto nacional en un principio, pero transformándose en revolución proletaria en el curso de su desarrollo, como en la perspectiva de Marx y Engels para Alemania en 1848–49, en la de Lenin para 1917 en Rusia, o en la del II Congreso para las colonias y semi-colonias, comenzando por la India y China. Esta

aproximación debía llevar consigo necesariamente no solamente una modificación, sino una inversión completa del diagnóstico marxista tradicional acerca de la función de las clases medias y sobre la táctica que aplicar a este respecto. Es indiscutible que el Partido de la revolución comunista no debe desinteresarse de estas capas sociales que, entre otras cosas, son susceptibles de sentir lo mismo que la clase obrera, el peso que la marcha inexorable del imperialismo hace pesar sobre toda la sociedad. Pero una cosa es hacer una propaganda constante junto a estas capas para intentar al menos neutralizarlas, siquiera parcialmente, mostrándoles por los hechos pasados y presentes, que no hay salvación para ellas bajo el régimen del gran capital, y que la única vía política que se abre a sus elementos sanos es la adhesión a la causa de la única clase hoy revolucionaria, el proletariado, y otra cosa es pretender conquistar a la pequeña burguesía haciéndose el portavoz de sus ideologías contrarrevolucionarias, mutando nuestro internacionalismo por su nacionalismo ciego y estúpido, pues esto equivale a sacrificar nuestra política de clase sobre el altar de una política popular históricamente estéril y vacía y por lo tanto antirrevolucionaria. En el caso de Alemania en 1923, esta política del PCA no podía más que favorecer, además, reacciones nacionalistas, chovinistas y revanchistas incluso en Francia, conociendo las tradiciones pequeño-burguesas y campesinas particularmente vivas en este país. Es, por lo tanto, la política que practicará el PCA, sobre todo a mediados del año 1923, con el único resultado de alentar a las bandas nacionalsocialistas, rivalizando con ellas sobre su propio terreno.

Algunas citas bastaron para ilustrar la confusión que estaba ganando a la Internacional. En el n° 114 de «**Imprekor**» (6 de julio de 1923), en un artículo titulado «**El fascismo, nosotros y los socialdemócratas alemanes**», Radek, que desempeñaba entonces la función de teórico del «**nuevo curso**» del PCA, escribía: «**El fascismo es un movimiento político de las grandes masas de la pequeña burguesía proletarizada. Si se lo quiere combatir es preciso hacerlo políticamente. Pero no se lo puede combatir políticamente más que, primeramente, abriendo los ojos a las grandes masas laboriosas de la pequeña burguesía sobre el hecho de que sus sentimientos legítimos son explotados por el capitalismo, responsable no solamente de la miseria económica, sino de la miseria nacional de Alemania, y en segundo lugar, indicando a estas masas pequeño-burguesas la vía justa en su lucha por la defensa de sus intereses. ¿Contra qué combaten ellas? Contra la miseria insoportable en la cual se han visto precipitadas y contra la servidumbre de Alemania como consecuencia del Tratado de Versalles. ¿La clase obrera tiene el deber de sostenerlas en esta lucha? Sí, tiene el deber de hacerlo. El socialismo no ha sido nunca únicamente una lucha de los obreros industriales por un trozo de pan; siempre ha buscado la forma de convertirse en un faro luminoso para todos aquellos que sufren**».

En el n° 128 de «**Imprekor**» (3 de agosto de 1923), bajo el título «**La bancarrota inminente de la burguesía y la tarea del PCA**», se decía en primer lugar que la tarea del PCA era organizar a la mayoría de la parte activa de la clase obrera bajo la bandera del comunismo, atraer al Partido las simpatías de grandes capas obreras extendiendo a gran escala

«**las consignas transitorias hoy necesarias**», y hacer de esto la base de «**una alianza con las fracciones de la socialdemocracia a las que la presión de la clase obrera obliga a marchar con nosotros**», a condición de que estén dispuestas a... «**luchar lealmente contra la burguesía para salvar al proletariado de la miseria, de sus sufrimientos y de la contrarrevolución**» [El PCA esperaba este milagro incluso en los *dirigentes* socialdemócratas; ¡como si esta «hipótesis» no hubiese sido ya afirmada por la historia y tuviese todavía necesidad de confirmaciones o desmentidos!, ¡para esto, el PCA no se contentaba con proponerles un frente único político, sino además la constitución de «**gobiernos obreros**» contra la amenaza del fascismo!]. Se puede leer a continuación el siguiente pasaje característico: «**Pero la movilización de la clase obrera no basta. Nosotros debemos penetrar a fondo en las masas pequeño-burguesas proletarizadas por el capitalismo. Los pequeños campesinos, los arrendatarios, los funcionarios, los empleados, los intelectuales proletarizados, son para nosotros una reserva de fuerzas, incluso si razonamos de manera reaccionariamente nacionalista... Debemos no solamente ayudarlos a despojarse de sus viejos prejuicios y hacer de una parte de ellos verdaderos comunistas, sino también estar preparados para colaborar con estas capas pequeño-burguesas que, sin estar dispuestas a aceptar nuestra doctrina, e incluso habiéndose quedado atadas a sus ideologías, quieren en la práctica (¿?) combatir por lo mismo que nosotros en este período histórico**».

Poco después, en la víspera de los sucesos de Sajonia y Turingia, Zinóviev escribió por su parte en el folleto «**Problemas de la revolución alemana**» —refiriéndose a los empleados y funcionarios alemanes, tal como en el Ejecutivo de junio se había referido a los pequeños campesinos prusianos— que la pequeña burguesía estaba llamada en Alemania a jugar un papel comparable al del campesinado en Rusia. Identificaba implícitamente la situación de un país con capitalismo atrasado y en perspectivas de una revolución doble, con la de un país con altísimo potencial capitalista como Alemania [Por su parte, Radek no dudó en proclamar: «**el nacional-bolchevismo no fue en 1923 nada más que una alianza para salvarse de los generales que, inmediatamente después de la victoria, habrían aniquilado al Partido Comunista. Hoy, viene a significar que todo el mundo está con la convicción de que no hay otro remedio que los comunistas. Hoy constituimos la única salida posible. El hecho de insistir fuertemente sobre en Alemania constituye un acto revolucionario, de la misma forma que insistir sobre el elemento nacional en las colonias**» («**Imprekor**» n° 103, de 21 de junio de 1923. ¡De esta forma Radek definió la posición de Alemania como la de un país colonial donde los comunistas podrían juntarse a un gobierno nacional-burgués!].

Es verdad que, muy deprisa, los fervores nacionalistas del PCA se esfumaron ante la nueva perspectiva que se había perfilado de forma imprevista ante el Ejecutivo de la Internacional después de agosto y que era una evolución acelerada de la situación alemana hacia una salida revolucionaria. También es cierto que en el anuncio de las

primeras agresiones nazis contra los obreros desarmados, Radek escribía en la «**Rote Fahne**»: **«Los comunistas alemanes tienen el deber de luchar, si es necesario con las armas en la mano, contra la insurrección fascista»**, pero mientras tanto, el único resultado de la política que tendía a **«convencer a los elementos pequeño-burgueses fascistas que luchan contra la pauperización (y que se los debe distinguir de aquellos que están vendidos directamente al capital) de que el comunismo no es su enemigo, sino la luz que muestra la vía de la victoria»**, fue desorientar y desarmar a los proletarios, alentar el nacionalismo latente en el Partido francés, y conseguir del PCA una brusca declaración de ruptura con los «**Schlageter**» y el nazismo, que había adulado y cortejado en vez de golpearlos sin titubeos ni reservas.

Las tácticas «**elásticas**» o, mejor dicho, en contradicción con los principios, tienen su lógica inexorable. Si se abraza la «**causa de la Nación**», si hace suyas las inquietudes de la pequeña burguesía rural y campesina, si se corteja a los nacionalistas, es inevitable que se considere también a la socialdemocracia no como el ala del frente burgués, sino como el ala derecha recuperable del movimiento obrero, y que se adopte con respecto a ella la actitud de personas que aspiran a ser «**sus compañeros de ruta**», incluso sus «**primos hermanos**», y eventualmente a aliarse con ella en el gobierno o fuera del gobierno. Esta actitud era una anticipación de las desastrosas posiciones de Gramsci sobre el caso Matteotti, las cuales constituían un resbalón no solamente hacia el «**antifascismo**» burgués y las reivindicaciones democráticas, sino también a los frentes populares y al ministerialismo a los cuales se llegaría 15 o 20 años más tarde.

Hemos mencionado ya el Congreso de Leipzig que envió a los socialdemócratas de Sajonia y de Turingia la primera invitación para formar un gobierno «**obrero**» contra el fascismo y la ocupación del Rhur, y la repetición de esta llamada a la «**izquierda socialdemócrata**» en marzo. Es superfluo precisar que tanto la una como la otra no fueron aceptadas entonces. Esto no impidió al PCA no solamente continuar en la misma vía, sino multiplicar los esfuerzos para no dejar a los proletarios salir de ella [La «**izquierda**» muy confusa del PCA lo empujaba más bien a perseverar que a frenarlo].

En marzo, en conformidad con la orientación contenida en una publicación común del Comintern y del Profintern (cf. *Imprekor* n° 19, 29 de enero), se constituyó en Berlín un «**Comité de acción contra el fascismo**» presidido por Clara Zetkin, en el cual el plan de acción (dirigido igualmente a los socialdemócratas) contenía las primeras sanciones contra el fascismo italiano bajo la forma del boicot a los suministros de carbón y de mineral de hierro a Italia. El mismo mes, una conferencia internacional se reunió en Frankfurt; los partidos de la III Internacional, así como los sindicatos adheridos a la central mundial de Amsterdam, fueron invitados, aunque ninguno aceptó venir. La resolución final repetía los slogans ya conocidos de la lucha contra Versalles y contra Poincaré, pero evitaba tomar una posición clara acerca de las tareas específicas del proletariado alemán y de su Partido revolucionario. En vano se celebró una conferencia poco después en Hessen, deplorando el apoyo tácito del Partido a la «**resistencia pasiva**» decretada por Cuno, y el sabotaje de la proposición de huelga general hecha por los socialdemócratas, pidiendo que el proletariado fuese orientado hacia la toma del poder denunciando abiertamente «**la propaganda y los**

preparativos de los nacionalistas, que entraban en el marco de la contrarrevolución». Preocupada por la radicalización acelerada de las masas obreras, que amenazaban con perturbar los planes bizantinos, del IV Congreso, la Internacional convocaba en Moscú a la dirección del PCA y a la oposición el 22 de abril. Reconoció que la primera había ido demasiado a la derecha en las proposiciones de frente único y de gobierno obrero, y respondió a la segunda y a los grupos y secciones del PCA inclinados a provocar putschs y golpes de mano en el Ruhr, que la ausencia de movimientos revolucionarios en la Alemania no ocupada y en Francia recomendaba paciencia y desaconsejaba forzar la situación. Por fin, la Internacional ordenó la aceptación de cuatro miembros de la «**izquierda**» en el Comité Central para impedir la dislocación del Partido. En mayo, el Comité de acción dirigió al congreso de unificación entre las Internacionales II y II y media una «**invitación para formar un frente proletario (i) unido contra el nuevo peligro de guerra, y contra el reforzamiento de las sanguinarias bandas fascistas**» («*Imprekor*» n° 89, del 28 de mayo de 1923). Todo lo que obtuvo es la respuesta del austromarxista Adler: «**Debemos precisar claramente, ante aquellos que proponen el frente único, que no es posible si los comunistas reconocen la igualdad de derechos en el seno del proletariado (die Gleichberechtigung des Proletariats); un acuerdo no tiene ninguna probabilidad de realizarse, porque estamos separados de vosotros por cuestiones de principio**» («*Imprekor*» lbí.) [En mayo igualmente, son hechas insistentes llamadas a los sindicatos para «**una lucha activa**», en oposición a la «**resistencia pasiva**» de Cuno. En un artículo del 18 de mayo de 1923 («*Imprekor*» n° 18), que estaba destinado precisamente a las grandes organizaciones sindicales, las perspectivas de desarrollo de la crisis se perfilaban así: «**O bien una fracción notable del patrimonio real (Sachvermogen) de Alemania (casi la totalidad) pasa al vencedor, o se concentra en las manos de un poder decidido firmemente a sacar de él un beneficio (ein Nutzen) que permitiría así el pago de las reparaciones**». La primera solución es la que desea el capital internacional (internacionalización de la industria minera), y «**queremos creer que incluso los dirigentes sindicales reformistas la rechazan con toda sinceridad**». «**La segunda solución no puede ser aplicada más que por dos tipos de gobierno: un gobierno fascista que aumentaría la jornada de trabajo y llevaría al máximo la explotación de la clase obrera, o un gobierno obrero que se apoyaría sobre toda la fuerza organizada de los trabajadores, y que, dotada de plenos poderes, conseguiría al mismo tiempo mantener a los obreros y satisfacer las exigencias usurarias (Shylocksforderungen) de la Entente**». Esto era, como se puede ver, un verdadero programa de «**gobierno nacional**» del tipo que Stresemann instaurará poco después]. Así acabó la enésima tentativa de «**acuerdo**» y, además, de «**Huelga simbólica de 24 horas**».

Lo más grave es que, en todo este embrollo de acciones extrañas a toda línea de clase por pequeña que fuese, el PCA perdió todo su empuje, se puso a la defensiva y se redujo a una completa impotencia, de tal forma que la fracción del proletariado que lo seguía o rompía su freno o caía en la

desmoralización. Es verdad que en cuanto en julio se agravó la situación interior y se produjeron desórdenes un poco por todas partes, el Partido Comunista alemán se apresuró a lanzar advertencias contra las «**provocaciones fascistas**». Cuando el gobierno socialdemócrata de Prusia prohibió la «**jornada antifascista**» proyectada por el PCA y los desfiles de Potsdam y Berlín que debían acompañarla, este último desconvocó apresuradamente toda manifestación, proclamando después rápidamente que «**no solamente no podemos intentar una lucha general, sino que debemos evitar todo aquello que pudiera dar al enemigo la ocasión de destruirnos poco a poco**» («**Die Rote Fahne**», 30 de julio y 2 de agosto de 1923). Tres meses después, reducido a la impotencia y dislocado, el PCA acabará en brazos de los socialtraidores «**de izquierda**» en los gobiernos de Sajonia y Turingia. Bastará entonces un regimiento del ejército para desalojarlo del poder, y un día de fusilamientos en Hamburgo para apagar completamente los ardores de la izquierda del Partido.

Así, cuando se analiza toda la primera mitad del año 1923 en Alemania, se tiene derecho a decir que la revolución alemana no fue «**aplastada**» en octubre, cuando los grupos comandados por el gobierno central de coalición Stresemann–Hilferding obligaron con algunos disparos al gobierno sajón de Zeigner–Brandler a disolverse, sino en enero, cuando el Partido comenzó su aproximación catastrófica a la socialdemocracia, las clases medias y sus filiales nacionalistas, imaginándose que podría servirse de estas fuerzas contra el fascismo, mientras que los hechos históricos habían enseñado (a la Izquierda italiana en particular) que éstas eran las condiciones necesarias para el fascismo. Habiendo perdido su brújula de clase, el PCA fue

batido, pero no por el fascismo, el cual solo no podía hacer nada, sino por la socialdemocracia que cortejó y aduló. Cuando por fin reconoció en ella la otra cara de la contrarrevolución, ya era demasiado tarde. Bajo la nueva dirección de «**izquierda**» que había sustituido prematuramente a la dirección de derecha, pretendió retornar a la lucha bajo la única bandera de la revolución y de la dictadura proletaria, pero esto sirvió únicamente para caer en las mismas prácticas de bloques, antifascistas y democráticos, que la dirección de derecha, a la cual Moscú había hecho pagar el pato del terrible jaque de octubre. Diremos todavía más: el Partido que Hitler masacrará una vez que tome el poder, se había suicidado diez años antes. Después de octubre de 1923, no hará más que sobrevivir. Seguramente, continuó atrayendo proletarios a sus filas, pero esto será únicamente en razón de la fascinación irresistible que ejercía todavía la Rusia «**bolchevique**» que lo sostenía, y también la atracción de una demagogia de la cual sólo el estalinismo era capaz y que reinaba a sus anchas en la época del presunto «**giro a la izquierda**». Pero esto no le impidió no ser nada más que una sombra de Partido, tan pletórico numéricamente como timorato y cobarde en la vida real y en la lucha física.

Es así que el PCA debió pagar con su sangre la ilusión de que la democracia y sus instituciones pueden servir de escudo, e incluso, de punto de apoyo al comunismo, y el sacrificio de la independencia del programa y de la perspectiva revolucionaria del Partido de clase con tal creencia absurda: la contrarrevolución lo esperó tranquilamente a la vuelta, y cuando llegó el momento, no tuvo nada más que atizarle un último puñetazo en la espalda para terminar con él, en medio de las carcajadas cínicas de los camisas pardas.